

Máynez, Pilar. *Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*. México: UNAM-IIH, 2003, 186 p. (Serie Tlotláhtol. Nuestra Palabra, 5). ISBN 970-32-1012-0

A casi dos siglos de haber comenzado el proceso de independencia de nuestro país, un balance rápido demuestra que resulta más fácil romper con el poder central radicado allá en Europa que formar una nación plural basada en instituciones capaces de garantizar la igualdad en la convivencia entre sus miembros. Por increíble que resulte, en 1892 era posible escuchar lo siguiente de un humanista de tan altos vuelos como era Francisco Pimentel, autor entre otros libros de un *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México* (1862) y de *Memorias sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla* (1864):

El autor mexicano ha de escribir en castellano puro, aunque siéndole permitido introducir algunos neologismos convenientes. El castellano es, de hecho, el idioma oficial, nuestro idioma literario. Las lenguas indígenas de México se consideran como muertas y carecen de literatura (*Historia crítica de la poesía en México*, 1892, p. 975).

Poco mejora la situación para el siglo siguiente. Don Alfonso Reyes, que tantas páginas dedicó a la literatura griega, romana y europea en general, a las letras mexicanas y sudamericanas, sorprendentemente sólo por excepción se ocupó de las literaturas en lenguas indígenas en una escueta nota de sus *Letras de la Nueva España* (1948), don-

de señala un par de referencias bibliográficas que lo exculpan de no introducirse en el tema. Quizá suceda que, salvo pocas excepciones, desconocemos la mejor manera de convivir con nuestro presente indígena y lo enviamos directamente a una vitrina, como algo que debe venerarse de lejos o, sencillamente, lo ignoramos como a un desconocido que no nos ha sido presentado. Poco hacemos por convivir con él.

Por fortuna, cada vez son más las excepciones a esta dolorosa regla. *Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*, de Pilar Máynez, es un buen ejemplo de ello. Recuerdo que hace años, cuando leí el capítulo final de *Literaturas indígenas de México* (Fondo de Cultura Económica, 1992) del infatigable Miguel León-Portilla, resultó toda una revelación: con los vagos (pero poco alentadores) antecedentes que tenía sobre políticas de educación en lenguas indígenas y de incentivos para la producción literaria en este campo, no resultaba previsible encontrar por escrito tal riqueza dentro de la producción literaria reciente. Hoy, a diez años, este libro de Pilar Máynez vuelve a sorprenderme: ahora encuentro ya no sólo la posibilidad de asistir a un recuento de autores y de obras, de iniciativas para publicar y difundir la producción poética en sus lenguas originales, sino toda una sistematización informativa que permite evaluar con mejores bases el entramado social, los

bastidores, en torno a la producción literaria.

La base de la que parte Pilar Máynez en este libro es la lengua: consciente de que lengua y cosmovisión van de la mano, en las primeras páginas de su libro ("Introducción", p. 7-13) toca aspectos importantes de la insoslayable relación entre lengua y cultura, entre sistema expresivo e ideología. Como una ceiba, éste es el tronco del que se desprenden luego sus muchas ramas. En "Orientaciones lingüísticas y trabajos en lenguas indígenas desde el México colonial hasta nuestros días" (p. 15-36) Máynez presenta una historia panorámica de los estudios de lenguas indígenas, desde el México colonial hasta días recientes, en donde asistimos a las distintas iniciativas emprendidas contra el confinamiento de las lenguas (reflejo en mucho del confinamiento de los individuos) en un vaivén que va de la evangelización en lenguas indígenas durante varios momentos de la Colonia (con la preparación de vocabularios y gramáticas que ello implicaba) hasta el proyecto, surgido en el siglo XIX, de una nación centralista, desconocedora voluntaria de su naturaleza pluriétnica, que intenta incorporar sus minorías lingüísticas a un proyecto de nación artificial basado en la castellanización general. El mejor ejemplo de los errores que esta concepción traía consigo puede encontrarse en una metáfora agraria: la transición de la propiedad comunal de la tierra a la propiedad

privada. Iniciado como proyecto en el siglo XIX por Francisco Pimentel, según nos recuerda Pilar Máynez (p. 22-23), volveríamos a encontrarlo como hecho en la política cardenista de la década de 1930, con fatales consecuencias en la mayor parte de los casos, pues nunca se tuvo en cuenta durante el proceso de reparto de la tierra la cosmovisión de los participantes. Como señala Carlos Lenkersdorf, "para los tojolabales (y la mayoría de los campesinos del continente) la Tierra es Nuestra Madre. Por ello se explica la fuerte oposición a los cambios del Artículo 27 Constitucional de parte de tantos campesinos chiapanecos y mexicanos" (*Los hombres verdaderos*, Siglo XXI, 1996, p. 119). Se reparte la tierra igual que se castellaniza, mirando el beneficio desde una perspectiva cultural que puede no ser siempre la correcta. Como escribe Concepción Flores *Xochime* en el poema en prosa titulado "Nuevo diálogo de flor y canto": "Para la oficialidad, hablar una lengua autóctona es un estigma y el que la habla es un 'indio'. Por eso nuestros hijos no quieren saber nada de nuestros valores" (p. 91).

En "¿Cuántas lenguas indígenas se hablan actualmente en México?" (p. 37-50) Pilar Máynez revisa las distintas estimaciones sobre las lenguas indígenas hoy en uso, con datos esclarecedores más allá de los fríos números. Desde el hablante que, considerando poco prestigioso hablar otra lengua que el castellano, prefiere hacerse pasar por monolingüe (ya lo dice Gabriel López

Chiñas en "El zapoteco": "ahora los zapotecos cultos / sólo hablan español", p. 101) hasta lenguas que están a punto de desaparecer (como el chinanteco de Lalana, el popoluca de la Sierra, el zapoteco de Cuixtla, etcétera) o lo estarán, desgraciadamente, en los próximos años, como el chontal de Tabasco, el huasteco, el mame, el mazahua, el otomí y tantos otros, pues hoy sólo da muestras de su empleo la población de más de cincuenta años, lo que significa que con la pérdida biológica de estos hablantes probablemente sobrevendrá también la pérdida cultural.

En "La literatura en lenguas indígenas: tradición oral y escrita" (p. 51-56), el lector repasa algunos de los géneros más representativos del universo literario náhuatl, maya y zapoteco, desde el lamento por la muerte de la madre hasta un género de entretenimiento popular como la adivinanza, con un importante apartado para la comprensión y valoración de los sistemas comunitarios de transmisión de conocimientos: la tradición oral. Frente al inmenso prestigio histórico de las lenguas escritas, Máynez explica el paulatino proceso de revaloración actual de la tradición oral, enfatizando los rasgos que permiten distinguir entre una literatura oral, cifrada por la naturaleza artística de los materiales que la conforman, y la comunicación cotidiana en esta misma lengua. La distinta valoración de ambos sistemas de transmisión convierte la escritura en un

instrumento prestigioso de conservación y reduce equivocadamente la expresión oral a un andamiaje frágil y caduco (aunque, como muestra Máynez en este capítulo, tiene sus propias virtudes). Este capítulo, en buena medida, puede considerarse una antesala para el siguiente: "Problemas y retos de los escritores indígenas" (p. 67-75), donde Máynez señala algunos aspectos muy concretos para la consolidación y el reconocimiento de una literatura en lenguas indígenas. Por principio, las dificultades que implica una falta de acuerdos sobre el código gráfico de la lengua correspondiente, cuando no el analfabetismo del transmisor, participante activo de una cultura que vive en el rico entramado de una antigua y venerable oralidad. Luego, la mediación necesaria de traducciones, que tiende a simplificar la expresión cultural en muchos sentidos (especialmente si recordamos que la lengua es, por sí misma, una forma de expresar la cultura de un grupo) y a traicionar, de algún modo, el ideal de ampliar los matices expresivos de una lengua por la literatura, siempre que la circulación del texto en la lengua original tiende a depender de su traducción. Un problema final, quizá no el más importante, es el de la clasificación del corpus, pues los límites entre una composición y otra no resultan siempre claros (ni para el poeta ni para el lector).

De las 188 páginas que componen el libro, la mitad matemática, 94, está dedicada a un interesante "Acer-

camiento a la poesía nahua, maya y zapoteca" (p. 85-179) que ilustra, nutre y completa el fenómeno descrito en el estudio de Pilar Máynez. En apenas una veintena de textos, Máynez recoge un importante muestrario bilingüe en el que al mismo tiempo se denuncia el desconocimiento institucional de la cultura indígena y los abusos de la cultura hegemónica (el caso de "Nuevo diálogo de flor y canto", de Concepción Flores *Xochime*, "Yo soy indio", de José Antonio Xocoyotzin o de "El zapoteco", de Gabriel López Chiñas), se expresa una postura más bien universalista en cantos introspectivos (como "Sueño primero", de Feliciano Sánchez Chan, "La luciérnaga", de Esteban Ríos Cruz, "Huellas", de Eustaquio Celestino o "El rostro del tiempo", de Delfino Hernández Hernández) o sencillamente se canta al amor (como "Acércate", de Andrés Henestrosa, "A tu lado voy", de Briseida Cuevas Cob, "Tu nombre", de Víctor Terán, "Reencuentro", de Francisco Morales Baranda o "Zenaida", de Natalia Toledo Paz). Esta selección, procedente de varias fuentes impresas previamente en su mayoría, abre la oportunidad para el lector que recién se introduce a este género de poesía de profundizar por él mismo. Cada texto se acompaña de una pequeña semblanza biobibliográfica y de un sencillo pero útil estudio (dentro de la sección "Características de los textos que integran la antología", p. 77-84) en el que se señalan los elementos forma-

les y temáticos más característicos de cada composición.

Dice Lenkersdorf, refiriéndose a un fragmento de un mito fundacional transmitido por el *Popol Vuh*, que nuestra admiración por estos mitos y leyendas "fácilmente nos convierte en espectadores a distancia" (*ibid.*, p. 115), cancelando con ello el mensaje ético que suele acompañar dichas manifestaciones literarias. Carlos Fuentes, hablando de la intolerancia cultural, denuncia los hábitos culturales que nos llevan a pensar: "los ídolos a los museos" (*Inquieta compañía*, Alfaguara, 2004, p. 50). Víctor de la Cruz, en esta antología, se pregunta: "¿Por qué se escribe sobre el papel / en vez de escribir sobre la tierra? / Ella es grande, / es ancha, es larga" (p. 105); ¿por qué escribir sobre el papel que calla y no sobre la tierra que grita? En la actualidad, especialmente en el caso de los *Cultural Studies* (Estudios culturales) dentro del ambiente universitario norteamericano, el papel de la academia es en muchas ocasiones el de un mediador entre una mi-

noría que expresa sus malestares con desazón y una sociedad que hace todo lo posible por no dar oídos a estas demandas. El grado último y menos deseable de esta mediación sería aquella academia cuya única función fuese la de atenuar el impacto de problemas sociales entre una élite universitaria y otros grupos de poder. Pilar Máynez, en este libro, enfrenta esta mediación con una postura resuelta y positiva: cree que las cosas pueden cambiar, y por ello su contribución no intenta minimizar el impacto de estas manifestaciones. Muy al contrario, describe un pasado con el firme propósito de contribuir a engrandecer un presente desde el frente que a ella le toca cubrir, el de la academia. Creo que la única forma de orientar un destino precavida y eficientemente es cimentándolo sobre un conocimiento serio y responsable del pasado. Este libro de Pilar Máynez me parece un paso grande en un sentido y otro: nos dice de dónde venimos y prevé con cierto orden hacia dónde vamos, lo cual es de agradecer.

